

## ***2. Creación, elevación al orden sobrenatural: filiación divina***

En la Misa de la Natividad del Señor la Iglesia nos propone contemplar a Jesús, Amor de Dios encarnado, como el Verbo de Dios, el Creador (Jn 1,1-18): “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron... la Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; la cual no nació de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios.

Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad... Pues de su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia”. Este brillante poema inspirado nos muestra la nueva creación, por eso comienza igual que al comienzo del mundo: “en el principio”, y vemos a Dios Trinidad, que es la revelación cristiana: Dios como amor, como familia. Revelación del hombre, como imagen de Dios, que se realiza en el amor, en la familia. Jesús, al nacer, inaugura la familia en sentido pleno, abierta a los demás, al “tercero”, la expansión del amor, que puede ser biológica o espiritual, en cualquier caso para que sea verdaderamente divina ha de ser de un amor auténtico, no de posesión sino de amistad. De todas formas, en esta similitud con “el principio” vemos diferencias con respecto al Génesis 1 (cf. Comentario de la Universidad de Navarra): aquí es el principio eterno, allí temporal; aquí todo se hace en Cristo, explicando mejor lo que allí se indica, que es simplemente la sucesión del “hacerse”; en catalán tenemos un villancico que dice de Jesús: “sus manecillas blancas, pequeñas como son, siendo tan pequeñitas hicieron el mundo”. De una forma u otra se indica en la Escritura: “por Él fueron hechas todas las cosas”, es decir “en vistas a Él”, y también “por sus manos”. Él es el prototipo por el que se crea todo, a su imagen, y también “las manos de Dios” por el que se hacen todas las cosas, y ahora la Redención. Se puede leer también el texto de este modo: “todo fue hecho por él / y sin él no se hizo nada; / cuanto ha sido hecho en él, era vida, / y la vida era la luz de los hombres”.

Jesús ha venido a la tierra para devolvernos la condición de hijos de Dios. Pero es necesario que cada uno acoja en su interior la salvación que Él nos ofrece. Tal como explica san Juan, «a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios» (Jn 1,12). ¡Hijos de Dios! Quedamos admirados ante este misterio inefable: «El Hijo de Dios se ha hecho hijo del hombre para hacer a los hombres hijos de Dios» (San Juan Crisóstomo). Como decía el obispo Jaime Pujol: “Acojamos a Jesús, busquémosle: solamente en Él encontraremos la salvación, la verdadera solución para nuestros problemas; sólo Él da el sentido último de la vida y de las contrariedades y del dolor. Por esto, hoy os propongo: leamos el Evangelio, meditémoslo; procuremos vivir verdaderamente de acuerdo con la enseñanza de Jesús, el Hijo de Dios que ha venido a nosotros. Y entonces veremos cómo será verdad que, entre todos, haremos un mundo mejor”.

A modo de una piedra que produce ondas cada vez más amplias, se va desarrollando el poema. Ahora aparece la luz, que “brilla en las tinieblas”, que no pueden nada contra la luz: “yo soy la luz”, nos dirá más tarde, que irá aclarando todo. La ceguera de la oscuridad impide ver la luz: “bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios”. Esta luz se nos ofrece a todos, pero podemos cerrar los ojos a ella: “ilumina a todos según la disposición y la voluntad de cada uno, dirá S. Juan Crisóstomo (homilías sobre san Juan, 8, 1). En cuanto depende del Verbo, ilumina a todos. Pero si libremente los hombres cierran los ojos de su alma a esta luz, si rechazan sus rayos, entonces

el que permanezcan en tinieblas no se debe a la naturaleza de la luz, sino a la maldad de corazón de quien se priva de este don de la gracia”.

En este sentido, es confusa la expresión “que viene a este mundo. En el mundo estaba... y el mundo no le conoció”. Ahí indica que vino por amor al mundo: “tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unigénito” (Juan 3, 16-17). El mundo es bueno, es un regalo de Dios, y el jardín que nos entregó para custodiarlo. Y Jesús ha venido “para que el mundo se salve por él”, sigue diciendo el texto citado. Pero indica también los hombres que se oponen a Dios, al no reconocer al Creador se cierran, “los hombres que, obcecados por sus culpas, no reconocen en el mundo la obra del Creador (cf. Rom 1, 18-20; Sap 13, 1-15) quedan apegados sólo al mundo y gustan exclusivamente de las cosas que son del mundo” (S. Juan Crisóstomo, hom sobre San Juan, 7).

Recibir el Verbo es abrir los ojos a la fe. ¿Qué es la Navidad para mí?, se preguntaba Alfonso López Quintás. Y cita la que se hizo Chiara Lubich: ¿Qué es para ti Jesucristo? Ella, sin dudarle un instante, respondió con la decisión con que se dice algo obvio: “¡Es todo!”. Jesús no es sólo el mensajero que Dios envía, como hizo con los profetas, Él es la salvación, el hecho cristiano es su Persona, y somos hijos de Dios por nuestra unión a él: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí. Si me habéis conocido, conoceréis también a mi Padre. (...) El que me ha visto a mí ha visto a mi Padre”. (Jn 14, 6-11). “El que entregue su vida por mí y por el evangelio, ése se salvará....” (Mc. 8, 35). Aún con nuestras miserias, con los medios salvadores y el primero es el Sacramento de su Cuerpo: “quien come de este pan ‘tiene ya’ la vida eterna, y yo lo resucitaré el último día”, por eso repite San Pablo que debemos estar “en Cristo”.

Jesús nos trae el amor de Dios Padre, y su revelación es lo que nos da vida, pues la vida es amor. En Adviento se ha preparado este momento con muchas parábolas como la oveja perdida: la vida ha triunfado, la lógica de Dios es la del amor: la lógica de la creatividad que nunca deja lugar al aburrimiento, la vida en plenitud que nunca tiene hastío, el amor incondicional que engloba al perdón y por eso nunca tiene miedo de no ser aceptados. La lógica de las reglas expresada en el hermano del hijo pródigo, envidioso y duro, esclavo de su moral puritana, queda superada por este nuevo modo de pensar que nos trae Jesús y que nunca descarta a nadie para la salvación, para corresponder, para ser de su familia: “El que haga la voluntad del Padre, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre” (Mc. 3, 31). La familia está compuesta por los que siguen esta lógica del amor, expresada en el sacrificio y obediencia al Padre: “Que no se haga mi voluntad sino la tuya” (Mt 26, 39). El empeño de Jesús en todo instante es cumplir la voluntad del Padre: “Yo hago siempre lo que a Él le agrada” (Jn 8, 29). Esta forma de amor no se conoce en el mundo de la galería de hoy, pero está en el fondo de nuestro corazón: no hay modo de amor más grande que hacer lo que el amado quiere, querer su querer como si fuese mío, libre de todo egoísmo, la vida hecha donación... La interioridad de Jesús está hecha de este amor. Por eso Jesús nos revela qué es el amor, y al mostrarnos que Dios es amor, nos dice también como ser “dios” en “Dios”, en Cristo somos hombres divinizados, al vivir el mensaje de Navidad, que es el Evangelio, que es el amor.

En el siglo XIX se han constituido cuerpos doctrinales, ciencias racionalizadas como queriendo englobar la verdad en sistemas cerrados que la comprendieran. Luego, en el siglo XX hemos visto que la verdad no estaba cerrada como en unos recipientes por muy perfectos que fueran los esquemas, y ha habido una crisis de la verdad. Hoy entendemos –o intuimos al menos- que la verdad no puede cerrarse, está abierta, y que el racionalismo del XIX quitaba misterio y era la gran mentira, la época de las ideologías, del “seréis como dioses” en el sentido de entenderlo todo, y esto no sólo los sistemas “malos” como liberalismo, comunismo, etc., sino la misma verdad cristiana llamada “cristianismo” con leyes férreas que indican el camino hacia el cielo. Por eso me gusta pensar no en “el cristianismo” sino “el Cristo” que es el Camino, no los caminos que nos inventamos con tanta regla que quiere someter al mismo Dios... no la regla por la que juzgamos a

Dios. De manera que la razón ha de dar una comprensión al fenómeno (“entiendo para creer”), pero no someter Dios a nuestra pobre razón (“creo para entender mejor”). Y lo que de verdad nos hace entender todo es el amor. La existencia cristiana no consiste en seguir normas sino seguir a Jesús, y por él, por su amor, cumplir los mandamientos que nos llevan a amar a Dios y a los demás: “Si me amáis, guardaréis mis mandamientos” (Jn 14, 15). Es un amor que no ha de estar sometido a las cosas del mundo ni a nuestra razón, pues es fundante: “El que ama al padre y a la madre más que a mí no es digno de mí, y el que ama al hijo o a la hija más que a mí no es digno de mí” (Mt 10, 37).

Sigue diciendo A. López que “este amor incondicional a Jesús funda una vida interior auténtica. La vida interior no es vida retraída, solitaria, desgajada; es vida en comunión oblativa. ‘Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y pondremos nuestra morada en él’ (Jn 14, 20-21 y 23). Si, por amor, creamos con Dios una relación de auténtico encuentro, sentiremos vivamente que Él pasa de ser para nosotros algo infinitamente lejano a ser íntimo, lo más íntimo de nuestra realidad personal. Nada nos es más íntimo que lo que constituye el principio de nuestra actividad personal”. Lo indicó San Pablo: “Ya no vivo yo, es Cristo el que vive en mí” (Gal. 2, 20).

El amor lleva a sentir la presencia divina aún en su “silencio”, cuando Dios calla. Tenemos la experiencia de los santos anónimos, los sencillos, que ante una desgracia exclaman: “¡No lo entiendo, pero Dios sabe más!”, y no caen en aquel “no lo acepto” que es el camino que va hacia el absurdo, el resentimiento, sino por la vía de la cruz, hasta la pascua de Resurrección. En esta conversión, metamorfosis o transformación pascual, sigue diciendo la cita de antes: “Convierte la casa en hogar, creando vínculos de verdadera amistad. Convierte la mera vecindad en una relación de auténtico encuentro. Considera el pan y el vino, no como meros productos del esfuerzo humano, sino como el fruto de una confluencia fecunda de múltiples elementos. Convierte la libertad de maniobra –poder elegir en virtud de las propias apetencias- en libertad creativa, capacidad de elegir siempre en virtud del ideal de la unidad, no del propio gusto... La transfiguración básica es la que nos eleva del estado de indiferencia o de odio hacia los demás a un estado de amor y encuentro”. Es lo de San Juan, con su estilo directo: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos; el que no ama -con amor generoso- sigue estando en la muerte” (1 Jn 3, 14). Navidad es la fiesta de la transformación de las cosas humanas en divinas, del Verbo en carne, la carne en Dios, la fiesta de los deseos humanos hechos realidad, la fiesta de la alegría.

Navidad es triste para los que han perdido gente querida, y los notan a faltar, sienten nostalgia. Por eso nos conviene profundizar en la luz de Belén, de ese Jesús que luego irá explicando con más detalle esta vida que está cosida con amor: “Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá” (Jn 11,25). Así lo leyó A. López ante la muerte de un hermano: “Durante meses viví inmerso en esta revelación maravillosa, como si fuera una morada espiritual. Y me vi redimido de la oleada de frustración y casi rebeldía que estaba agitando mi ánimo. Comprendí, entonces, que las palabras de Jesús son verdaderamente “palabras de vida”, como tantas veces nos dijo San Pablo (Flp 2, 15-16; 2Cor 2, 16-17; Hebr 4,2), porque Jesús es la vida y la luz de los hombres (Jn 1, 1-4)”. En la Cárcel Mamertina de Roma estaban Pedro y Pablo esperando la muerte, alegres sin embargo, viviendo esta realidad de la que intentamos hablar. Los carceleros les dijeron: “Debéis de tener una fuente interna de alegría que nadie os puede quitar –les dijeron-. ¿No podríamos nosotros participar de esa fuente...?” Y se bautizaron, abandonaron la vida tranquila que tenían y por negarse a rendir culto al emperador fueron también martirizados (San Marcos y San Marceliano). ¿Quién es este que hace felices a los desgraciados, que hace dejar todo –salud, y hasta la vida- para dar la vida por él?

La alegría de vivir que se transmite a los demás viene de amar. La vida es una canción de amor, con una letra y una música. La letra es lo que toca hacer en cada momento: levantarnos,

trabajar, comer, disfrutar de la amistad... la música es la que pone el corazón, lo que da sentido al todo y hace la canción alegre, no aburrida sino entusiasmante, etc. Esta música del corazón es el amor, que nos trae la Navidad. Queremos que brille en todo el mundo esta noche, que nos habla que el éxito a la vida no es triunfar sobre los demás, sino sentirse queridos. Jesús nos dice que Dios nos ama, que lo podemos pregonar con nuestra vida por el mundo, como los ángeles anunciaron a los pastores. El mundo está frío porque falta este amor, falta este sentirnos y sabernos hijos de Dios. Jesús viene a la tierra para decírnoslo. Jesús ha nacido para mí, la noche de Navidad, para decirme que soy hijo de Dios, y que haga lo que haga Dios es mi padre y me perdona. Fuera tristezas, pues. Quienes viven el acogimiento de Jesús esta noche, encuentran una gran alegría. La alegría que brota de la luz, y nunca jamás no hay oscuridad en el mundo, traspasado por la luz del nacimiento de Dios...

Esta alegría la vemos en una historia, inspirada en aquella leyenda de la princesa Elena. La raptaron. Todos la buscaron mucho tiempo, pero al cabo de los años dejaron de buscarla. Sólo una persona, un amigo de la infancia, que la amaba mucho, continuaba buscándola, y pasados muchos de años, en un puerto perdido de un país lejano, iba el buen hombre buscando la amada amiga, cuando vio una mujer muy envejecida por el dolor, desfigurada por el hambre que había pasado y desarreglada y con vestidos pobres y destrozados, pero aún pensando que no era ella, se le acercó pues había algo de familiar en aquella pobre desgraciada. -"Como te llamas?" le preguntó. -"No lo sé", fue la respuesta. La vio además desmemoriada... pero de pronto descubrió en un brazo de la mujer una señal que le dejó una herida de infancia, un corte que se hizo jugando, y le dijo: -"¡tú eres Elena!" y poco a poco le volvía a ella la memoria, sobre todo por la fuerza del amor que percutía en su corazón. El amor es algo que no se borra, y recuperaron la memoria y volvieron a Troya. Ella se curó y se descubrió miembro de la casa real. Tuvo así también la alegría de descubrir la dignidad real tras haberla olvidado, y sobre todo el amor del que la buscó más allá de lo previsible. En un mundo desmemoriado, que no se sabe hijo de Dios, de sangre real, es importante la Navidad, que nos hace memoria de nuestra dignidad...

"El misterio del amor es precisamente su capacidad de no cansarse nunca, de no abandonar ni dimitir. El hombre no está hecho para el abandono, sino para superarse", dice Miquel Estradé. Dice también que "el amor está por encima del derecho y la moral, sin caer por esto en injusticia o inmoralidad". Es lo que pasa hoy, que el sentimiento al que llamamos amor y que es tan variable quiere evitar el esfuerzo y sacrificio, y lo quiere todo rápido, y tanta prisa hace daño, el amor tarda en cocerse, y si no se cocina bien no es amor lo que sale al final, no sabe bien, se tira pronto sin aprovechar. "El amor es como un fuego, fuerte y poderoso como el fuego. Cuanto más recio es el fuego y más poderoso, más es fuego y más quema. Cuanto más recio es el amor y más poderoso, más es amor y más ama. Luego el Amor total no puede hacer sino amar, como el fuego no hace sino quemar" (Miquel Estradé). Según los momentos hay que cocinar los platos con fuego lento, o a la llama o brasa. Si lo cuidamos, crece el fuego, y salen platos sabrosos, es decir la alegría domina en nuestras vidas, y no miraremos más lo que envidiamos, sino disfrutaremos con lo que somos, hijos de Dios, esta sana autoestima ha de ser la base de todo progreso, pues no lleva al conformismo sino a luchar en mejorar en los diversos aspectos pero sin ser esclavos del éxito. Esto es el que nos enseña Jesús con su nacimiento, se desperdiga este amor.

Navidad es el día que Dios se va haciendo pequeño hasta hacerse Niño, porque pueda yo hacerme pequeño, y entrar en el pesebre, cantar villancicos, rogar con confianza: "no guardes para ti el secreto de tu corazón, que soy tu amigo! Ahora dime bajito a mí, sólo a mí. Tú que tanto gentilmente sonríes, murmúramelo dulcemente, que te sentirá mi corazón, en mi oreja. La noche es pregonera, silenciosa la casa, los nidos de los pájaros envueltos de sueño. Dime entre lágrimas vacilantes, entre temblorosas sonrisas, entre dulce vergüenza y pena, el secreto de tu corazón" (R. Tagore). Debemos pedirle que nos llene con su secreto, y luego ser buenos instrumentos, llevar este

amor vivo a los demás: "que sea mi alma la cuerda de un laúd por siempre jamás igual y tensa y que el destino no me pueda arrancar, decepcionado, sino una sola nota, invariable inmensa. Una nota muy grave y muy constante. Vencido no sea nunca el clavo que tensa y que defiende la viva pulcritud de la vibración de una cuerda tensa" (M. Torres). Nadal –decía E. Monasterio- es el día que Jesús nos pone un tesoro en nuestras manos, él mismo, su amor. Si no lo damos, se pierde; si lo repartimos, el Señor lo multiplica. Es el día que Jesús nos envía un mensaje de paz, ternura y amor; es el día más íntimo del año, se remueven los sentimientos para regalar ternura y afecto a los parientes, familiares y amigos. Se intensifica el interés por complacer y acoger las personas que tenemos más cerca. Es el día que regalamos una sonrisa, que casi se desvanece en un instante, pero que enriquece al que la recibe, y tendrá efecto por siempre jamás.

Es cuando la nieve cubre la tierra y también algunas almas. Lo importante, en la convivencia estos días, es tener pequeños detalles, no ser hipersensible y evitar discusiones innecesarias, y arreglarlo enseguida, tener el don de la oportunidad, saber escuchar hasta el final. "Qué le daremos...?" son estos los regalos que él quiere: vivir los mejores días en compañía de toda la familia; hacer el Pesebre; regalar una sonrisa a todos quienes lo necesiten; perdonar; vivir la pobreza, siendo consciente de que la alegría no se compra con dinero, sino que surge de una alma en paz con Dios, que ama; es tener presente que la Navidad más que consumir está en repartir; es pensar que hay mucha gente necesitada -por premura de vivienda, de alimento, de estimación- y ayudar a los de casa a sacrificar el gusto por tal de ayudar a los otros. Es acercarse en María, por ver como ella besa la cara del Niño porque es su hijo, los pies porque es su Dios. Ella nos enseña el secreto de Navidad, la ciencia del amor divino y humano, el arte de amar. Vamos a ver ahora el fundamento, las Verdades fuertes: ¿quién soy yo?, ¿de dónde vengo? La Creación de todo por Dios, ese artífice solitario del que dice San Jerónimo: "aquel que en un puño encierra el universo, vélo aquí encerrado en estrecho pesebre". Y la respuesta: Creó por Amor. Dios, que no necesitaba de nada quiso crear, por amor nos dio el mundo y vida, la inteligencia y la voluntad, la libertad para poder amar. Copio de unas notas anónimas: Hemos de decidirnos a confiar de verdad. Pero a veces... dependemos tanto de las circunstancias. Vivir de verdad en las manos de Dios: Si me pasa algo es porque me conviene. Aunque ahora no lo entienda, ni nadie, aunque "objetivamente" (con nuestra pobre objetividad humana) sea malo. Es bueno, conviene, conviene. Santa María dijo hágase, hágase. Jesús en la agonía del Huerto dijo: No se haga mi voluntad sino la tuya. Los santos han tenido una experiencia peculiar en su vida, por la que han aprendido que todo nos lleva hacia Dios, entienden que salimos de Dios para volver hacia él a lo largo de la vida, que volvemos a sus brazos en un continuo recomenzar...

### **Navidad nos abre el libro de la creación de un modo nuevo:**

**a) El Génesis (1,26) nos dice:** "*faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*, hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y creó Dios al hombre a imagen suya». Creados por amor, nos destina al amor: Dice el n. 27 del Catecismo: "El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer hacia sí al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar: La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador (GS 19,1)". Y el n. 289: "Entre todas las palabras de la Sagrada Escritura sobre la creación, los tres primeros capítulos del Génesis ocupan un lugar único. Desde el punto de vista literario, estos textos pueden tener diversas fuentes. Los autores inspirados los han colocado al comienzo de la Escritura de suerte que expresa, en su lenguaje solemne, las verdades de la creación, de su origen y de su fin en Dios, de su orden y de su bondad, de la vocación del hombre, finalmente, del drama del pecado y de la

esperanza de la salvación. Leídas a la luz de Cristo, en la unidad de la Sagrada Escritura y en la Tradición viva de la Iglesia, estas palabras siguen siendo la fuente principal para la catequesis de los Misterios del "comienzo": creación, caída, promesa de la salvación". Y el n. 505 del Catecismo: "Jesús, el nuevo Adán, inaugura por su concepción virginal el nuevo nacimiento de los hijos de adopción en el Espíritu Santo... la acogida de esta vida es virginal porque toda ella es dada al hombre por el Espíritu. El sentido esponsal de la vocación humana con relación a Dios (cf. 2 Cor 11, 2) se lleva a cabo perfectamente en la maternidad virginal de María". Se trata de una vida pura porque está limpia por las palabras de Vida (cf. Ef 5, 26). Es sacerdotal, "¿qué hay más sacerdotal que consagrar a Dios una conciencia pura y ofrecer en el altar de su corazón las víctimas sin mancha de la piedad?" (León Magno, serm. 4,1: Catecismo, 786). Es en vistas a Jesús como entendemos la creación y la historia y nosotros mismos.

**b) El Fin: la gloria de Dios:** *Ego sum alpha et omega, principium et finis, dicit Dominus* (Apoc 1, 8). Y la respuesta del hombre: *Deo omnis gloria, para Dios toda la gloria*: "Si la vida no tuviera por fin dar gloria a Dios, sería despreciable, más aún: aborrecible" (Camino **783**). "Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio de Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación" (GS 22,1). En Cristo, "imagen del Dios invisible" (Col 1,15; cf 2 Co 4,4), el hombre ha sido creado "a imagen y semejanza" del Creador. En Cristo, redentor u salvador, la imagen divina alterada en el hombre por el primer pecado ha sido restaurada en su belleza original y ennoblecida con la gracia de Dios (cf GS 22,2)". En el **Catecismo** 1700 vemos un resumen de las principales verdades de la antropología cristiana. Contemplando la fe, dispone la respuesta moral de la criatura:

"La dignidad de la persona humana está enraizada en su creación a imagen y semejanza de Dios (artículo 1); se realiza en su vocación a la bienaventuranza divina (artículo 2). Corresponde al ser humano llegar libremente a esta realización (artículo 3). Por sus actos deliberados (artículo 4), la persona humana se conforma, o no se conforma, al bien prometido por Dios y atestiguado por la conciencia moral (artículo 5). Los seres humanos se edifican a sí mismos y crecen desde el interior: hacen de toda su vida sensible y espiritual un material de su crecimiento (artículo 6). Con la ayuda de la gracia crecen en la virtud (artículo 7), evitan el pecado y, si lo cometen, recurren como el hijo pródigo (cf. Lc 15,11-31) a la misericordia de nuestro Padre del cielo (artículo 8). Así acceden a la perfección de la caridad". En el punto siguiente nos da la pauta para una respuesta, y es conocer la dignidad que tenemos:

"Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio de Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación" (GS 22,1). En Cristo, "imagen del Dios invisible" (Col 1,15; cf 2 Co 4,4), el hombre ha sido creado "a imagen y semejanza" del Creador. En Cristo, redentor u salvador, la imagen divina alterada en el hombre por el primer pecado ha sido restaurada en su belleza original y ennoblecida con la gracia de Dios (cf GS 22,2)."

"La gracia es el auxilio que Dios nos da para responder a nuestra vocación de llegar a ser sus hijos adoptivos. Nos introduce en la intimidad de la vida trinitaria" (n. **2021**).

**c) Somos hijos de Dios**, esa es nuestra dignidad bautismal: "Dios nos quiere santos: "Vosotros y yo formamos parte de la familia de Cristo, porque El mismo nos escogió antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha en su presencia por la caridad, habiéndonos predestinado como hijos adoptivos por Jesucristo, a gloria suya, por puro efecto de su buena voluntad (Eph I, 4-5). Esta elección gratuita, que hemos recibido del Señor, nos marca un fin bien determinado: la santidad personal, como nos lo repite insistentemente San Pablo: haec est voluntas Dei: sanctificatio vestra (1 Thes IV, 3), ésta es la Voluntad de Dios: vuestra santificación. No lo

olvidemos, por tanto: estamos en el redil del Maestro, para conquistar esa cima” (Amigos de Dios 2).

El hijo bueno busca obedecer: “Más quiero tu Voluntad, Dios mío, que no cumpliéndola -si pudiera ser tal disparate-, la misma gloria” (Camino **765**). La entrega puede tomar carácter de total, y un sentido escatológico que marca en la esperanza un futuro donde se poseerá todo en plenitud, cuando aquí lo tenemos en la esperanza: “Es bueno dar gloria a Dios, sin tomarse anticipos (mujer, hijos, honores...) de esa gloria, de que gozaremos plenamente con El en la Vida...

Además, El es generoso... Da el ciento por uno: y esto es verdad hasta en los hijos. -Muchos se privan de ellos por su gloria, y tienen miles de hijos de su espíritu. -Hijos, como nosotros lo somos del Padre nuestro, que está en los cielos” (Camino **779**). Es la actitud de dar gloria a Dios, de una manera total, la que han seguido los santos: “*Deo omnis gloria*”. -Para Dios toda la gloria. -Es una confesión categórica de nuestra nada. El, Jesús, lo es todo. Nosotros, sin El, nada valemos: nada.

Nuestra vanagloria sería eso: gloria vana; sería un robo sacrílego; el "yo" no debe aparecer en ninguna parte” (Camino **780**). “Da "toda" la gloria a Dios. -"Exprime" con tu voluntad, ayudado por la gracia, cada una de tus acciones, para que en ellas no quede nada que huelga a humana soberbia, a complacencia de tu "yo"” (Camino **784**). “Pureza de intención. -Las sugerencias de la soberbia y los ímpetus de la carne los conoces pronto... y peleas y, con la gracia, vences.

Pero los motivos que te llevan a obrar, aun en las acciones más santas, no te parecen claros... y sientes una voz allá dentro que te hace ver razones humanas..., con tal sutileza, que se infiltra en tu alma la intranquilidad de pensar que no trabajas como debes hacerlo -por puro Amor, sola y exclusivamente por dar a Dios toda su gloria.

Reacciona en seguida cada vez y di: "Señor, para mí nada quiero. -Todo para tu gloria y por Amor"” (Camino **788**). “Tres puntos importantísimos para arrastrar las almas al Señor: que te olvides de ti, y pienses sólo en la gloria de tu Padre Dios; que sometas filialmente tu voluntad a la Voluntad del Cielo, como te enseñó Jesucristo; que secundes dócilmente las luces del Espíritu Santo” (Surco **793**).

El cristiano -milites Christi, soldado de Cristo- pelea así por el Reino de los cielos: “<Regnare Christum volumus!> -queremos que Cristo reine. <Deo omnis gloria!> -para Dios toda la gloria.

Este ideal de guerrear -y vencer- con las armas de Cristo, solamente se hará realidad por la oración y el sacrificio, por la fe y el Amor.

-Pues..., ¡a orar, y a creer, y a sufrir, y a Amar!” (Forja **639**). “No vivimos para la tierra, ni para nuestra honra, sino para la honra de Dios, para la gloria de Dios, para el servicio de Dios: ¡esto es lo que nos ha de mover!” (Forja **851**).

En un mundo de la “eficiencia”, quizá es más difícil ver la “eficacia” de una vida de amor, pero los resultados son mucho más profundos: “Si eres fiel a los impulsos de la gracia, darás buenos frutos: frutos duraderos para la gloria de Dios.

-Ser santo entraña ser eficaz, aunque el santo no toque ni vea la eficacia” (Forja **920**). La clave: “La rectitud de intención está en buscar "sólo y en todo" la gloria de Dios” (Forja **921**).

*“La piedad que nace de la filiación divina es una actitud profunda del alma, que acaba por informar la existencia entera: está presente en todos los pensamientos, en todos los deseos, en todos los afectos... endiosamiento maravilloso, que nos ayuda a enfocar los acontecimientos con el*

*relieve sobrenatural de la fe; se ama a todos los hombres como nuestro Padre del Cielo los ama y -esto es lo que más cuenta- se obtiene un brío nuevo en nuestro esfuerzo cotidiano por acercarnos al Señor. No importan las miserias, insisto, porque ahí están los brazos amorosos de Nuestro Padre Dios para levantarnos... He aprendido, durante mis años de servicio al Señor, a ser hijo pequeño de Dios. Y esto os pido a vosotros: que seáis quasi modo geniti infantes, niños que desean la palabra de Dios, el pan de Dios, el alimento de Dios, la fortaleza de Dios... cristianos” (Amigos de Dios, 146: Piedad, trato de hijos).*

La filiación divina, fundamento de la vida espiritual: va muy unida a la infancia espiritual. Tomo de unas notas anónimas: Un niño vive despreocupado de sí mismo. Confía en sus padres. Es feliz. Sus padres se preocupan de él. Vivir con esa despreocupación buena: si quedo bien, si podré hacerlo. Cómo es un niño. No tiene doblez ni engaño. Confía. Está contento por naturaleza (a no ser que esté enfermo o agotado de correr y jugar, si se pone serio su madre enseguida le pone la mano en la frente a este le pasa algo). Los berrinches le duran muy poco (pasa del sofocón a fijarse en algo y se olvida). No piensa en hacer buena figura (puede aparecer todo manchado, meterse el dedo en la nariz). ¿Tengo bien cogida esta verdad? ¿La considero con frecuencia muchas veces al día? El Salmo II es un canto a esta filiación y confianza. Nos lleva su meditación a preguntarnos: ¿Trato a Dios como Padre? Ahora, profundizar en esa roca y fundamento. Dedicarle tiempo de oración. Para concretar. Para pedirle al Espíritu Santo que nos llene de esa seguridad.

San Josemaría, allá por 1931, en un momento en que tenía muchas dificultades, se sentía sólo y con obstáculos insuperables y yendo en un tranvía en Madrid recibió esa luz con una fuerza extraordinaria y empezó a repetir en voz alta: “Abba, Pater. Padre, Papá...” Si Dios es mi Padre, nada me puede preocupar, todo irá bien, lo tengo todo. Esa seguridad en Dios, por encima de todo, lleva a ser audaz, hacer “locuras”, transmitir seguridad, por no confiar en nuestras fuerzas, ni en la suerte, sino en Dios Todopoderoso.

Llamada general a la santidad y al apostolado. Lo que Dios quiere es la santidad de todos los hombres. Que todos libremente le amen como hijos. Ese amor a Dios es el principio de toda obra buena. Tener en el corazón el amor de Dios. Él no quiere esclavos, ni cumplidores de preceptos, ni amigos a medias. El amor de Dios es lo único que llena el corazón humano. Con esas palabras de San Agustín: Nos creaste Señor para Tí y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Tí (Confesiones I, 1, 1). Quiere ser el amor de nuestra vida. Amar a Dios, como los hombres sabemos amar. NP decía no tengo un corazón distinto para amar a Dios. Amar es preocuparse, interesarse, sacrificarse, apenarse, alegrarse, darse. Los que aman no ven como una carga, llegan a lo pequeño, no tienen horario. “El amor es la vocación fundamental e innata de todo ser humano” (Catecismo, 2392: *Familiaris consortio 11*).

*Para ser buenos hijos, portarse como buenos hijos*: quitar obstáculo del propio yo, soberbia, amor propio, purificar la intención en todas nuestras actividades: Amor de Dios, principio de toda obra buena. «Ved que amor hacia nosotros ha tenido el Padre, que ha querido nos llamemos hijos de Dios y lo somos» (1 Io 3,1). María es modelo de comportarse como buenos hijos de Dios, de no tener más libertad que la de amarle. Pues la libertad es la capacidad de actuar según lo bueno, por la voluntad de Dios, y prescindir del sentimiento y de las impresiones subjetivas, formar la conciencia para que sea de acuerdo con lo que Dios quiere. La inteligencia, chispazo de la divina (está limitada por pecado: y por eso le podemos decir: “te equivocas muchas veces”).

Pero no hemos de dejarnos llevar por sentimientos negativos. San Josemaría estuvo atribulado por sentimientos de iniquidad, inquietudes de sentirse indigno, y recibió –por dos veces, una por su alma y otra antes, por su apostolado- un aviso divino: “Escribía aquel amigo nuestro: “muchas veces pedí perdón al Señor por mis grandísimos pecados; le dije que le quería, besando el Crucifijo,



y le di las gracias por sus providencias paternales de estos días. Me sorprendí, como hace años, diciendo -sin darme cuenta hasta después-: <Dei perfecta sunt opera> -todas las obras de Dios son perfectas. A la vez me quedó la seguridad plena, sin ningún género de duda, de que ésa es la respuesta de mi Dios a su criatura pecadora, pero amante. ¡Todo lo espero de El! ¡¡Bendito sea!!"

Me apresuré a responderle: "el Señor siempre se comporta como un buen Padre, y nos ofrece continuas pruebas de su Amor: cifra toda tu esperanza en El..., y sigue luchando"" (Forja **387**). Años antes, aunque era instrumento fiel, sintiéndose indigno ante la aparición de las mujeres aquel 14 de febrero de 1930, afirmaba que **la Obra verdaderamente, sin esa voluntad expresa del Señor y sin vuestras hermanas, hubiera quedado manca** (Tertulia, 14-2-55). "Venía a explicarnos gráficamente, con esta afirmación, que una Obra de Dios manca es algo contradictorio, sin sentido, porque Dei perfecta sunt opera (Deut 32, 4 vulg.), las obras de Dios son perfectas: precisamente estas palabras de la Escritura fueron objeto, en los años treinta, de una locución divina, que se grabó a fuego en el alma de nuestro Padre" y continua don Álvaro relacionando esa locución con aquel modo que Dios tiene de jugar con nosotros, de mostrarnos las cosas no todas a la vez... "En la mente de Dios, el Opus Dei estaba completo desde toda la eternidad -ante mundi constitutionem(Ephes. I, 4)-, aunque a nuestro Fundador sólo se lo hiciera ver de modo progresivo; como quien, al percibir un fuego, advierte primero la luz y después el calor, aunque luz y calor se encuentren indisolublemente unidos en el mismo fuego. Parece como si el Señor hubiese querido jugar con su siervo Josemaría, como juega un padre con su hijo pequeño: ludens coram eo omni tempore, ludens in orbe terrarum (Prov. VIII, 30-31). Ahora, a distancia de años, comprendemos y agradecemos la Providencia amorosa del Señor, que de modo tan claro nos invita a acomodarnos siempre a sus planes, sin poner trabas, sin dar juego a la imaginación, al amor propio. Repitamos de corazón y sinceramente, aplicándolo a la lucha de cada momento, como acostumbraba nuestro Padre: **¡Señor, quiero lo que Tú quieras, como Tú quieras, cuando Tú quieras!: Dei perfecta sunt opera**". Por eso, "*Es preciso tener unas cuantas ideas madres*, a las que acudir con frecuencia para encenderse en ellas. Esta es una: no estamos solos, porque Dios existe, y me ha llamado a la existencia, y me mantiene en ella, y me da fortaleza. Además me ha elegido con predilección y, si tengo confianza, me concederá la constancia y la firmeza en mi camino, porque, cuando El comienza una obra, la acaba: El hace siempre las cosas perfectas". No nos abandona: *Son mis delicias estar con los hijos de los hombres*: que le sepamos ver. "¿Sabéis lo que es la vida? Es como una película de nuestro Padre Dios. No te entendemos, no te comprendemos".

Vamos a acabar acudiendo a la Virgen, hija perfecta de Dios Padre: "¡Cómo gusta a los hombres que les recuerden su parentesco con personajes de la literatura, de la política, de la milicia, de la Iglesia!...

—Canta ante la Virgen Inmaculada, recordándole:

Dios te salve, María, hija de Dios Padre: Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo: Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo... ¡Más que tú, sólo Dios!" (Camino 496).